

Todas las casas de uno y otro lado, debian derribarse á medida que se fuese entrando en la poblacion. Así se evitaba que las tropas recibieran daño de las azoteas, y se les obligaria acaso á los sitiados á pedir la paz, al convenirse de que su ruina era inevitable. Mucho sintió Cortés verse obligado á recurrir á un extremo que hubiera querido evitar á toda costa; pero tomada una vez su resolucion, se propuso, como él dice, llevarla á cabo, aunque fuese necesario tardar mucho tiempo en la toma de la ciudad (1). Ni era posible de otra manera hacerse dueño de la capital azteca. Cada edificio era una fortaleza con un puente levadizo, por cuyo frente y costados corria un profundo canal. Los guerreros, colocados en las azoteas, arrojaban una lluvia mortífera de flechas y de piedras sobre sus contrarios, sin que pudiesen ser ofendidos. La experiencia le habia demostrado al caudillo español, que mientras esas multiplicadas fuerzas quedasen en pié, y no se cegasen sólidamente los puentes y cortaduras que impedian maniobrar á la caballería, era de todo punto imposible apoderarse de la poblacion. Llevaba cuarenta y cinco dias de haber puesto sitio á la plaza, y los sitiados se hallaban con la misma energía que al principio.

Hernan Cortés convocó á todos los jefes y señores de las provincias aliadas, que se hallaban en los tres campamentos; les hizo saber el plan que habia concebido y les suplicó que hiciesen venir al real, el número mayor de operarios que fuese posible para dar principio á la obra.

(1) «Aunque hubiese toda la dilacion que se pudiera seguir.»—Tercera carta de Cortés.

El pensamiento fué acogido con extraordinario placer por los aliados, y pronto se presentaron en los campamentos millares de trabajadores, armados de *coas*, que eran las azadas del país, atronando el viento con gritos de alegría porque iban á arrasar, á reducir á escombros la ciudad de sus dominadores, que era para ellos la satisfaccion mayor del mundo (1).

Pronto se dió principio al trabajo de cegar las zanjas y los puentes mas próximos, con el fin de continuar avanzando.

Los mejicanos, comprendiendo que se disponia algun ataque formidable, se prepararon para la defensa. Levantaron nuevos parapetos, abrieron mayor número de zanjas y cubrieron de grandes piedras las calles y la plaza para impedir que los caballos pudiesen correr por ellas.

Viendo el caudillo español dispuestos á los trabajadores indios á poner en práctica el derribo de las casas, formó su tropa, y poniéndose al frente de la caballería, penetró por la calle de Iztapalapan, seguido de cincuenta mil aliados. Avanzando hasta la plaza y dirigiéndose á la calle de Tacuba, se derribaron edificios, se incendiaron otros, y se cegaron puentes y zanjas, que jamás volvieron á abrir los sitiados. Los bergantines y las canoas de los confederados ayudaban eficazmente en la obra de destruccion.

Por varios dias se repitieron los ataques á la ciudad,

(1) «Y ellos me respondieron que así lo harian de muy buena voluntad, y que era muy buen acuerdo; y holgaron mucho con esto, porque les pareció que era manera para que la ciudad se asolase, lo cual todos ellos deseaban mas que cosa del mundo.»—Tercera carta de Cortés.

entrando por diversas calles, y nivelando el piso con las ruinas de los edificios derribados. En estas entradas se encontraban siempre, al lado de sus esposos y combatiendo con admirable arrojo, María de Estrada, Isabel Rodríguez, Beatriz Bermudez de Velasco y algunas otras Amazonas, cuyos nombres dejo ya consignados en anteriores páginas.

Aunque la fortuna se manifestaba contraria á los mejicanos, no por esto dejaban de combatir con menos denuedo, ni desistían de la heroica resolución que habían tomado de morir antes que rendirse ni capitular. El hambre se dejaba sentir cada vez mas terrible, y era ya considerable el número de víctimas que había causado en las desventuradas familias. El poco maíz que aun quedaba, era para la gente que empuñaba las armas. Los ancianos, las mujeres y los niños, se alimentaban de raíces, de yerbas, de ratones y de los huevecitos que los mosquitos depositan sobre las espadañas de la laguna, conocidos con el nombre de *ahucastle*, y que todavía usan como alimento.

Queriendo evitar Hernán Cortés al pueblo inermes la miseria á que se hallaba entregado, se valió de tres jefes aztecas que tenia prisioneros para que llevasen un mensaje á Guatemotzin, que diese por resultado la conclusion de la guerra. El general español decia al emperador azteca «que ahorrarse á sus leales vasallos nuevos padecimientos, puesto que el resultado del sitio seria la toma de la plaza; que la constancia y el valor con que había defendido la ciudad, le honraban como monarca y como mejicano; pero que desde aquel momento el esfuerzo se convertiria en temeridad, pues se veían él y sus vasallos, sin esperanza

de auxilio ninguno, sin víveres, sin otra agua que la salobre de la laguna, y que se compadeciese de las calamidades á que condenaba á su pueblo con una resistencia estéril. Añadia que viese que no solamente le habían abandonado las provincias que antes le obedecían, sino sus mismos dioses, como debía conocerlo en que no se había cumplido la promesa del oráculo; que se compadeciese de los inocentes niños, mujeres y ancianos que perecían víctimas del hambre y de la miseria, y que no le obligase á destruir los hermosos edificios de la ciudad mas bella del Nuevo Mundo. El jefe castellano terminaba diciéndole que volviese á reconocer la soberanía del monarca de Castilla, como la reconoció la nacion entera en tiempo de Moctezuma; que se respetarian las personas, las propiedades y los empleos, y que él continuaria al frente de los destinos de sus compatriotas.

Con indignacion escuchó Guatemotzin la proposicion de que ofreciese vasallaje á otro monarca. Pensó que la nacion que había impuesto la ley á todas las del Anáhuac, no podia declararse subordinada á otra, sin que la mancha de la humillacion y la deshonra no empañase el glorioso lustre de su historia. Guatemotzin amaba con todas sus potencias su patria, y sintió vivos impulsos de arrojar de su presencia á los que habían osado tomar á su cargo presentarle las proposiciones de Cortés; pero haciendo un esfuerzo supremo para sobreponerse á su carácter, logró que su espíritu recobrase la calma, dando entrada á la reflexion para obrar con acierto. No era de su persona solamente de la que se trataba, sino de la vida de todos sus vasallos. Guatemotzin convocó un consejo de las personas

mas notables del clero, de la nobleza y del ejército; les hizo saber las proposiciones hechas por Cortés y pidió que emitiesen su opinion con toda libertad. Algunos jefes que se habian distinguido por su valor y patriotismo, pero que comprendian que la prolongacion del sitio no haria mas que aumentar las calamidades de las familias, sin resultado ventajoso ninguno, opinaron porque se entrase en arreglos con el caudillo sitiador. De opuesto parecer fueron otros muchos bravos capitanes y todos los sacerdotes. Manifestaron que debian desecharse las proposiciones como indignas de una nacion que estima en mas la honra que la vida. Dijeron que la paz que proponia el jefe castellano no era admisible, porque exigia el vasallaje del monarca de una gran nacion acostumbrada á imponer leyes, no á recibirlas. Aconsejaron al monarca que no olvidase el fin lamentable de su tío Moctezuma, que habia recibido benignamente á los españoles; la prision de Cacamatzin, rey de Texcoco, y la escena sangrienta verificada en la nobleza azteca por Pedro de Alvarado, al celebrar la fiesta de sus divinidades (1). Los nobles y los sacerdotes terminaron diciendo que para los hombres blancos, destructores de los templos y enemigos de sus dioses, no debia haber otra palabra ni otro pensamiento que la guerra. «Pues hagámosla sin tregua;» — exclamó con noble ardimiento Guatemotzin, satisfecho

(1) «Porque le aconsejaron que no creyese á Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tío el gran Moctezuma y sus parientes y la destrucción de todo el linaje noble de los mejicanos.» — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

de ver que se hallaban animados de sus mismos sentimientos.—«Nadie, añadió con severidad, se presente con proposiciones de paz, porque pagará con la vida su atrevimiento.»

Los españoles esperaron por espacio de dos dias la contestacion á sus proposiciones. Los sitiados, con el objeto de ganar tiempo para hacer nuevas fortificaciones, les decian que el emperador enviaria sus embajadores, procurando entretenerles mientras ellos aprovechaban las horas de suspension de hostilidades, de parte de sus contrarios. Cuando los sitiadores se lisonjeaban con la esperanza de un próximo arreglo, los mejicanos cayeron como tres desbordados torrentes sobre los tres campamentos, derramándose en infinito número de escuadrones por las calzadas. Nunca, con mayor ímpetu y furia, se habian presentado los aztecas á los ojos de los sitiadores. «Parecia, dice el soldado historiador, que entonces empezaba el sitio.» Conducidos por los mas bravos capitanes del imperio, se precipitaron sobre los españoles, descargando formidables golpes y disparando una horrible tempestad de flechas y de piedras. Como los castellanos se hallaban algo descuidados porque creian que se presentarian algunos enviados de Guatemotzin, sufrieron la terrible descarga cuando el huracan estuvo encima, quedando heridos muchísimos soldados, algunos muy gravemente, muertos dos caballos y heridos no pocos (1). Sin embargo, las guardias estaban

(1) «Y dijeron que Guatemuz venia para cuando estaba acordado, y por no gastar mas razones sobre el caso, él nunca quiso venir... Pues como estábamos aguardando al Guatemuz y no venia, vimos luego la burla que de nosotros hacia; y en aquel instante salian tantos batallones de mejicanos con sus divisas y dan á Cortés tanta guerra, que no se podía valer; y otro tanto fué

en sus puestos, y pronto la artillería situada sobre las calzadas, auxiliada del fuego de los bergantines que cuidaban los flancos, arrojaron sus destructores proyectiles sobre las enormes masas de asaltantes, abriendo inmensos claros en ellas. Los escuadrones aztecas retrocedieron ante el fuego destructor de las armas de sus contrarios, y entonces la caballería, saliendo como un rayo de la oscura nube producida por los arcabuces y los cañones, cayó sobre las desconcertadas columnas, haciendo horrible estrago en ellas y persiguiéndolas hasta encerrarlas en la ciudad.

Hernan Cortés se propuso entonces continuar el plan de guerra que habia abrazado. Sensible le era destruir la ciudad; pero no le quedaba otro remedio para vencer la heroica constancia de los mejicanos.

Diarios eran los ataques que se daban á la ciudad, y en todos ellos la *coa* de los zapadores indios se ocupaba en destruir los edificios que los españoles ganaban, y en poner las zanjas al nivel de las calles, cegándolas sólidamente con los materiales de los edificios derribados. La empresa de ir estrechando el círculo de los sitiados, reduciendo á escombros lo que perdian para que no volviera á servirles de punto de defensa, demandaba mucho tiempo. Todas las casas se hallaban aisladas unas de otras y casi rodeadas de agua; y cegar con sus derrumbadas paredes y

por nuestra parte de nuestro real; pues en el de Sandoval lo mismo; y era de tal manera, que parecia que entonces comenzaban de nuevo á batallar; y como estábamos algo descuidados creyendo que estaban ya de paz, hirieron á muchos de nuestros soldados.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

techos las multiplicadas acequias que contaba la ciudad, no podia menos que prolongar el sitio. Pero Cortés se habia propuesto hacerlo así para la seguridad de su ejército; sin limitar el tiempo que fuese necesario para apoderarse de la poblacion, y su determinacion era irrevocable. El número de zapadores indios fué creciendo diariamente; pues anhelantes de hacer desaparecer de la lista de las ciudades la capital del imperio que habia dominado el país, se presentaban de todos los pueblos millares de hombres armados de sus *coas*, queriendo tener parte en la destrucción de la corte de sus dominadores. La operacion se hacia larga, mas por el considerable número de acequias que era preciso cegar, que por la resistencia que oponian los edificios. Ciertamente es que eran amplios y hermosos todos los que pertenecian al emperador y á la nobleza; pero como contruidos sobre cimientos poco sólidos, no tenian generalmente mas que un piso y contaban con poca solidez, aunque sus materiales se componian de piedra tezontle, porosa y colorada. Lo bajo de ellos facilitaba su destruccion, pues derribada la azotea seguia inmediatamente el derrumbe de las paredes, que presentaban poco espesor por la razon de que no tenian que recibir peso ninguno. Las casas habitadas por la gente pobre oponian menos resistencia; pues siendo de adobe la mayor parte de ellas, aunque bien techadas y blanqueadas, fácilmente cedian á los golpes de la *coa*, despues de haber sido incendiados sus techos. Pero la obra mas difícil era, como he dicho, la de cegar las innumerables acequias, fosos, puentes y cortaduras que hacian de Méjico una plaza de las mas fuertes.